



IGNACIO PANIZO SANTOS

Jean Favier, según sus memorias

Jean Favier,
based on his memories

Ignacio Panizo Santos
ignacio.panizo@mecd.es
Archivo Histórico Nacional

Citación: Panizo Santos, Ignacio (2017). "Jean Favier, según sus memorias". *Tábula*, n. 20, pp. 291-309

Recibido: 12-12-2016. *Aceptado:* 25-04-2017

Resumen analítico / Analytic summary

El 12 de agosto de 2014 moría Jean Favier, figura de relieve en la Archivística internacional, como Director de los Archivos Franceses, Presidente de la Biblioteca Nacional de Francia y Presidente del Consejo Internacional de Archivos. En sus últimos años, escribió unas memorias que dejó inéditas, encargando a sus hijos su posible publicación. La editorial parisina Seuil ha publicado el libro con el título Los palacios de la Historia. El autor del artículo analiza la trayectoria vital y personalidad de Jean Favier a la luz esta obra en un ejercicio de lectura-diálogo desde la realidad española.

JEAN FAVIER | CONSEJO INTERNACIONAL DE ARCHIVOS | ARCHIVOS FRANCESES | MEMORIAS

On 12 August 2014, Jean Favier, a personality in the International Archives, passed away. He was the Director of the French National Archives, President of the French National Library and President of the International Council on Archives. In his last years, he wrote some unpublished memories and entrusted his children their possible publication. The publishing house Seuil has published the book with the title of The Palaces of the History. The author of the article analyzes the life experience and personality of Jean Favier.

JEAN FAVIER | INTERNATIONAL COUNCIL ON ARCHIVES | FRENCH ARCHIVES | MEMORIES

Con el título *Los palacios de la Historia*, la editorial parisina Seuil acaba de publicar [mayo de 2016] las memorias de Jean Favier, persona sin la cual la historia reciente de la Archivística internacional y de los archivos franceses resultaría incomprensible, dada su influencia y omnipresencia a lo largo del último cuarto del siglo XX. Es lo que hoy llamaríamos coloquialmente un “gurú” de nuestra especialidad. Su nombre aparece como presidente del Consejo Internacional de Archivos, ejercido al mismo tiempo que como Director General de los Archivos Franceses, cargo que conllevaba al mismo tiempo la supervisión de casi todo el sistema nacional de archivos (archivos departamentales), la dirección de los Archivos Nacionales de París [CHAN] y los Archivos Administrativos de Fointainebleau [CAC].

Esta autobiografía fue redactada en momentos no fáciles para Favier (la pérdida de su mujer Lucie –también archivera–, la superación de un cáncer y varios ictus). La precisión de la información llama la atención a lo largo de sus más de setecientas páginas. Este alarde solo fue posible por la facilidad de escritura como avezado escritor de obras históricas y novelas¹ –lo que se nota de entrada, ya que está redactada en estilo más suelto– y con una fuente de inspiración de primera mano que va más allá de los recuerdos personales. Se trata de sus agendas oficiales como Director General de los Archivos Franceses². Voluntariamente dejó inédito el texto y confió en sus hijos la lectura del manuscrito y su eventual publicación. A pesar de eludir nombres, solo mencionó aquellos que vivos, eran traídos a colación por recuerdos positivos. Aun así, el índice final recupera un millar de personas. Muchas de las situaciones negativas las dejó sin detallar si eran protagonizadas por personas aún vivas, para evitar situaciones enojosas. Sus hijos estaban al tanto de estas memorias y de hecho las alentaron para tener a un padre activo, sabiendo además que sus muchos cargos oficiales podrían dar para un

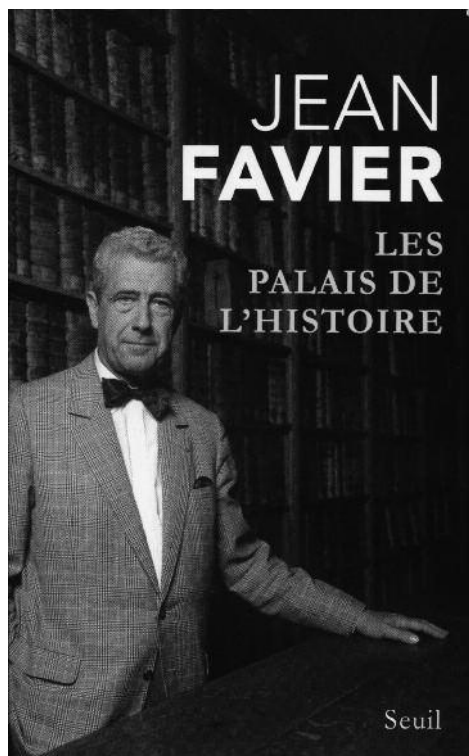


Fig. 1. Portada de las memorias de Jean Favier

libro que en un futuro explicaría el contexto histórico de la cultura francesa contemporánea. A su muerte (12 de agosto de 2014) valoraron su interés y acertaron. Supongo que los historiadores de la cultura contemporánea –que los hay y muy buenos en Francia como Marc Fumaroli, Pascal Ory o Laurent Martin– sabrán sacar partido a este nuevo libro. Así pues, la responsabilidad de la edición recae en sus hijos. En una pequeña introducción exponen los criterios y la historia de esta obra. Acoplaron textos de distinta procedencia queriendo evitar situaciones repetidas, por lo que el bricolage no les resultó tan sencillo. Quizás el resultado final tal como lo tenemos en las manos no es el más acertado y hubiera sido más inteligible haber comenzado por sus recuerdos familiares de niñez y juventud, para luego empalmar con sus actividades universitarias, luego archivísticas, seguir con las bibliotecarias y finalizar con sus últimos cargos y retiro. Es decir, una organización del material de forma cronológica hubiera explicado mejor, aunque también es justo valorar que hubiera llevado a tocar más el material dejado por Favier.

Como quiera que la lectura es un diálogo crítico entre un escritor y su lector, en este caso resulta enriquecedor al comparar el contexto de dos países vecinos, teniendo presente la distancia y el tiempo transcurrido. Porque la situación de los archivos franceses ha evolucionado mucho desde que dejó el cargo en 1994. Después de un breve mandato de otro chartista, Alain Erlande-Brandenburg, aterrizaron en la calle de los Archivos los “enarcas” [diplomados por la Escuela Nacional de Administración]. Favier ya había intuido que se harían con el mando de los grandes centros culturales. No en vano, conoció y trabajó antes y después con ellos (Philippe Béval, Martine de Boisdeffre) y comprendió que al haberse burocratizado en exceso el trabajo de un director de un centro cultural, la gestión papelería acabaría siendo absorbida por estos profesionales con perfil más adecuado³. En el fondo subyacen preguntas aún no bien resueltas: ¿es necesario un Ministerio de Cultura para gestionar las instituciones culturales o para que gobierne la vida cultural de sus ciudadanos?⁴ También es verdad que en Francia, estos “enarcas”, el equivalente a nuestros TAC (Técnicos superiores de Administración Civil), han tenido una formación elitista al pasar por la Facultad de Ciencias Políticas y después haber opositado a la Escuela Nacional de Administración. En definitiva, un trabajo desarrollado en la gerencia de organismos tanto en España como en Francia pero con una formación superior al norte de los Pirineos. De hecho, esos “enarcas” en archivos franceses se mostraron inquietos, dispuestos a aprender los entresijos del oficio, haciendo buen papel en reuniones archivísticas, implicación que agradece mucho más el profesional cuando se topa con cargos semejantes que se limitan a la lectura de una cuartilla redactada por el inferior jerárquico cuando no, optan por el silencio de la esfinge.

Y del mismo modo cabría decir de los archiveros. Frente a la formación chartista [diplomados por la Escuela Nacional des Chartes], completada en el Instituto Nacional de Patrimonio, en nuestros pagos domina el autodidactismo de muchos de nosotros y la inadecuación de la enseñanza en la Universidad española que se contentó con transformar las antiguas Escuelas de Biblioteconomía y al no dar resultados, seguir parcheando la situación con cursos de posgrado, másters y Escuelas Taller. Las soluciones no son fáciles y el propio Favier era consciente de los límites de la formación de un archivero y la necesidad de contar con buenos profesionales en lo suyo además de ser buenos gestores de la Administración. Así lo hizo ver a los profesores y alumnos de la École des Chartes sin grandes resultados⁵. La solución consistió en agregar la formación archivística en la École des Chartes y la enseñanza de gestión en el Instituto de Patrimonio.

Jean Favier es el último eslabón de una cadena de grandes archiveros, también grandes historiadores. Creo que ya no los hay en Francia ni en España y me temo que su perfil pasó a la Historia. Hombres como Favier o como Sánchez Belda, capaces de ir más allá del día a día, de la ficha del documento que está encima de la mesa, para elevarse y estar pensando en el futuro, atisbando nuevos

proyectos, columbrando lo que será la Archivística dentro de diez años. Dueños de una sólida formación en la que entraba toda la Historia y sus ciencias auxiliares. Hombres capaces de reciclarse y “hacerse en el tajo”⁶. Medievalistas, no cerraron los ojos a los problemas de los archivos administrativos contemporáneos ni a los nuevos formatos de los documentos⁷. Fontainebleau [CAC], Roubaix [Archivos del Mundo del Trabajo] y Alcalá de Henares [AGA] les deben mucho. A Favier le tocó la llegada de la informática a los archivos y asumió su error inicial al no ver su potencial interés. Autocrítica que le salva, porque no impuso sus ideas preconcebidas a sus subordinados y les dejó hacer. Permitió a sus colaboradores que experimentaran y pudieran luego presentar el balance conseguido después del método inductivo del ensayo-error⁸. Así lo hicieron y lo analizaron en dos congresos anuales de archiveros franceses⁹.

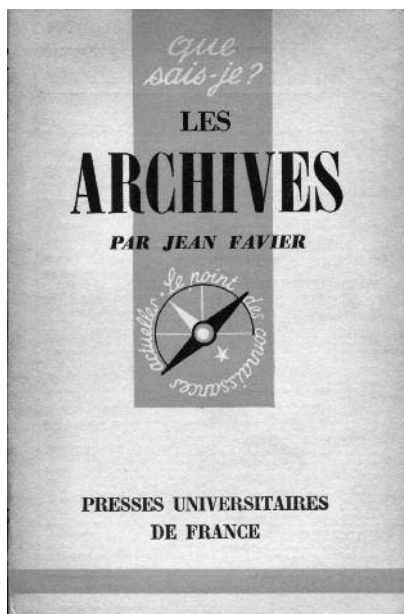


Fig. 2. Favier fue autor de un pequeño manual de Archivística, muy reputado en Francia por ser el primero que se publicó para una difusión masiva en la célebre colección *Que sais-je?*

El grueso libro permite al lector sacar un perfil humano de Jean Favier, aun cuando esto no hubiera sido lo que el escritor hubiera preferido. Favier narraba sus logros profesionales de más peso, queriendo dejar su persona en la trastienda. Pero es inevitable que el lector sea capaz de leer entre líneas y ciertos

detalles repetidos en distintas anécdotas vienen a configurar rasgos de una personalidad muy acusada. Por ejemplo, Favier valoraba la fidelidad y la trasladó también al campo profesional¹⁰, lo cual es un error de enorme magnitud. A veces pienso que una estancia prolongada en un cargo de alta responsabilidad lleva a confundir los intereses oficiales con los personales. Por eso es bueno el recambio cada pocos años para evitar esta mezcolanza. Aun cuando él siempre tuvo como guía los altos intereses del Estado¹¹, sorprenden varias situaciones en las cuales reprendió severamente a archiveros por considerar que le habían fallado más a él como persona que como director de archivo. En realidad, en cualquier país que se denomine democrático, los funcionarios sean del escalafón que sean, se deben al Estado y no deben prestar pleitesía a su superior. Una crítica bien elaborada por un funcionario no es una traición a una fidelidad que nunca le juraron¹². El feudalismo y el enchufismo pasaron hace muchos años, al menos en Francia.

Aun cuando nunca lo escribió, es evidente que le gustaba el cargo y mandar era lo suyo. Él comprendía, pero no compartía, el perfil típico del archivero centrado en la erudición, encerrado en su despacho con sus papeles con la misión de elaborar inventarios¹³. De hecho, estos fueron sus orígenes, aunque por poco tiempo. Reconocía que el cargo de director de los archivos era el sueño de todo chartista y que su nominación vino de la impericia de su predecesor y de algo de suerte. Así comenzó su labor que consideró que duraría lo que dura el mandato del ministro que le seleccionó¹⁴. Pero si algo saca en claro el lector de sus memorias es que dirigir se convirtió en sumo placer para Favier, mayor que el provocado por el manejo de papeles o la investigación. De otro modo no se entiende que un historiador y archivero vocacional prefiriera la ardua gestión administrativa que conlleva estar lidiando día tras día y así durante veinticinco años con las minucias de la burocracia frente a una “aurea mediocritas” horaciana¹⁵. Cuando narraba las arduas gestiones para sacar adelante la ley de archivos¹⁶, unos presupuestos rácanos¹⁷, las interminables reuniones de personal¹⁸, el lector se pregunta de inmediato si los disgustos anejos le compensaban el cargo y el sueldo para derrochar tanto tiempo que en otros menesteres le hubieran llenado más, como redactar un inventario o investigar algún aspecto novedoso de la historia fiscal medieval en la que él ejerció de pionero. Como facies complementaria de este gusto por la dirección hay que considerar su espíritu tajante¹⁹, incluso mordaz²⁰, el puntilloso gusto por la etiqueta²¹, por ser él quien marcara los límites de relación con el prójimo²², un certero juicio sobre el valor humano y profesional de quienes le rodeaban²³ y finalmente una innata capacidad discursiva puesta de manifiesto en innumerables lances²⁴.

Gracias a este fino olfato para detectar a las personas valiosas pudo sacar adelante su programa de reformas. El tiempo jugó a su favor ya que a su llegada se encontró con un equipo que no le “entusiasmaba”, pero su larga permanencia en el cargo le permitió atraer a los mejores²⁵. Subterfugio para no decir en palabras

llanas una verdad a gritos: el poder atrae en primer término a arribistas y medio-cres. En no menos de un par de veces recordaba el principio de Peters²⁶. Las referencias a los archiveros que estaban bajo sus órdenes son muy interesantes. Su situación, bien lamentable. Reinaban la desazón y el desencanto²⁷. En palabras de Favier, “era falso que los archiveros eran menospreciados, pero era verdad que estaban olvidados”²⁸. No escamoteaba sus nombres lo que demuestra que les conocía personalmente y no de forma protocolaria²⁹. Seguía sus pasos, sus intereses profesionales, su carrera, sus publicaciones. Confiaba en su criterio y se dejaba convencer. Muchas veces afirmaba que el éxito de una gestión fue resultado del buen hacer de un profesional que hay detrás de él, siendo Favier solo la cara visible. Con ellos aprendió a delegar y a saber cuál era el sitio más oportuno de un Director General de Archivos³⁰ y más tarde de un Presidente de la Biblioteca Nacional de Francia³¹. Actitud que es bien de agradecer en un alto cargo. Ya que sus “colaboradores” –como habitualmente cita– son mal retribuidos, qué menos que otorgarles el reconocimiento público a su labor³², para remachar que “solo se puede exigir cuando se paga bien”³³ y que “no se trata con ligereza a personas a las que pagas mal”³⁴. No hay que olvidar que Favier compartía con sus subordinados la misma formación chartista, pero tenía dudas en cuanto a la adecuación de su formación técnica³⁵ y apostó por otros grupos cuyo perfil era más flexible³⁶. En definitiva, comprendió los problemas de los archiveros, asumió algunas de sus reivindicaciones pero no adoptó actitudes corporativas³⁷.

Elegido por un ministro de derechas durante el gobierno de Giscard d'Estaing, él nunca negó esta proclividad si bien quiso matizar que nunca fue hombre de partido³⁸. Pero la selección no fue ciega. Antes de ser nombrado Director General de los Archivos Franceses a la sorprendente edad de 42 años³⁹, Favier ya había demostrado ser un joven brillante. “Major” –número uno– de su promoción en la École des Chartes⁴⁰, no dudó en combinar su trabajo en archivos con la investigación histórica que amplió en la Escuela Francesa de Roma. Doctorado en Historia, pasó brillantemente la oposición de agregación que le condujo a la docencia en liceos hasta recabar como catedrático en la Sorbona y como director de estudios en la Escuela Práctica de Altos Estudios. Así pues, el elegido era a ojos de sus camaradas un compañero digno de consideración⁴¹. Sus éxitos profesionales le habían granjeado la admiración de los archiveros y ese es siempre el mejor aval con el que un superior jerárquico puede presentarse el primer día de trabajo en su nuevo destino. El dedo del político de turno vino a refrendar el éxito que ya había demostrado en sus oposiciones, su tesis, sus publicaciones y sus investigaciones.

Favier no ocultaba que el turno le afectaría en algún momento y que se vería desplazado hasta regresar a su cátedra⁴². Asumía esta temporalidad⁴³. Por eso nunca renunció a su plaza universitaria y complementó la docencia de la Paleografía a primerísima hora de la mañana con la dirección de los archivos

franceses⁴⁴. Sin embargo esta esperada decapitación no llegó. Cohabitó con ministros de derechas y socialistas. Reconocía que por tres veces el famoso ministro de Cultura, Jack Lang, le quiso descabalar⁴⁵, pero por entonces Favier se había labrado una carrera de tenaz Director General. Nuevamente su sólida formación intelectual le ayudó. Como profesor universitario, había redactado obras de gran impacto mediático, como la biografía de Felipe IV “el Hermoso”, libro leído y admirado por los Presidentes y primeros ministros de la República⁴⁶. Todo esto nos sorprende porque no estamos tan habituados a que en la selección de un alto cargo se opte por el mejor, como tampoco que el espíritu crítico anide por encima de banderías en los dirigentes de una nación. Feliz aquel país cuyos gobernantes son lectores de libros de historia. Todo ello lo consiguió Favier sin tener que renunciar a lo que fue, sin pastelear ni disfrazarse con nuevas caretas cada vez que había un cambio en la calle Rívoli, en los palacios de Matignon o los Elíseos⁴⁷.

A lo largo del libro Favier daba cuenta de multitud de reuniones con su ministro, pero también con el primer ministro y con el presidente de la República. Conociendo los entresijos de la Administración, es interesantísima la relación anudada con los equipos ministeriales de asesores, directores de gabinete, consejeros. Subyace una opinión más bien pesimista de este entorno⁴⁸. Baste una cita: “estaba consternado de la extraordinaria pretensión de hombres que acababan de descubrir un cuarto de hora antes los problemas de los archivos y que decidían soberanamente. Estaba en el templo de la improvisación del Estado. [...] Y yo me maravillaba de la distancia entre la ficción –ellos saben todo para reaccionar– y la realidad, que es que cada cual sigue su monólogo”⁴⁹. Quizá porque el Director de Archivos en Francia no era un cargo ornamental, de barniz cultural, algo secundario en una macro-organización como era la Administración General del Estado. Por el contrario, era una persona activa que se había ganado el prestigio de buen administrador por lo que su opinión era valorada en las más altas instancias de la República. No pocas cuestiones que no le incumbían como máximo responsable de los archivos estatales le eran consultadas. En definitiva, era un hombre de fiar porque tenía solidez en sus conocimientos, demostrada en muchos años de máximo gestor de una parcela de la política estatal⁵⁰. Un hombre de Estado, como reconoció François Hollande cuando murió. Con él, los archivos estatales fueron frecuentados por reyes y jefes de Estado⁵¹, ministros, diplomáticos, jueces y enarcas⁵². Tenía línea directa con el equipo presidencial y con el gabinete del primer ministro. Muchas veces era más fácil con ellos que con su ministro, alguno de los cuales trató muy poco⁵³. No fue egoísta. Estos contactos, y la publicidad mediática aneja, los empleó en beneficio de los archivos estatales en forma de propaganda o donaciones⁵⁴. Logró la presencia de los presidentes de la República en inauguraciones de exposiciones, congresos y edificios⁵⁵. Y además, pudo manifestar a las más altas instancias la inquietante situación laboral de su personal para pedir mejoras⁵⁶.

Seguro de contar con el apoyo de sus superiores, afrontó los problemas de cara. Su programa lo esbozó con brevedad cuando le preguntó el ministro qué haría si era nombrado para tal cargo. Él no lo dudó: modernizar, construir, publicar y revisar el estatuto del personal⁵⁷. Para explicarse, redactó los dieciséis primeros capítulos de este libro, no menos de cuatrocientas páginas, es decir más de la mitad de la obra. Esto lo dice todo. Favier consagró su vida a los archivos por lo que sus memorias son en gran parte el resumen de su actividad pública en este campo. El enunciado de estos apartados resulta ser el vademecum del perfecto Director General de Archivos: situación a su llegada, aprobación de una nueva ley de archivos, los problemas cotidianos de los archivos, los medios económicos, la gestión del personal, la construcción de nuevos edificios, las adquisiciones —especialmente interesante para nosotros todo lo relativo al archivo de José Bonaparte⁵⁸—, el público, las oportunidades de los aniversarios, los asuntos espinosos, las relaciones internacionales con especial dedicación al Consejo Internacional de Archivos y la sal de las anécdotas.

En todos estos asuntos, Favier aplicó su inteligencia y su tesón. Verdadero patrón de los archivos franceses, de todo ello sacaba conclusiones certeras que demuestran que la naturaleza humana es similar en geografías distintas y las exponía con fina ironía de la que hizo gala en diversos momentos de las memorias. Así por ejemplo, al hacer balance de los problemas al tomar contacto con el puesto, concluyó que “desde las primeras entrevistas había quienes me habían hablado de su carrera y quienes me habían hablado de los archivos”⁵⁹. A la pregunta recurrente de si los archivos estatales, que combinan su acción administrativa a la par que cultural, estarían mejor posicionados si dependieran de otro ministerio que no fuera el de Cultura, él contestó que otros organismos que dependían directamente del primer ministro no habían experimentado ninguna mejora y que vivir ignorados de la política oficial tenía sus ventajas⁶⁰. Muy ponderadas son sus razones para evitar la ruptura de la dirección técnica de los archivos departamentales a la hora de la descentralización administrativa⁶¹. También es digna de reseñar la aplicación del principio de procedencia archivística frente al principio de pertinencia, siempre en una sutil interpretación en beneficio de los intereses del Estado francés⁶². Tantos años en los cargos más elevados de los archivos y bibliotecas franceses le permitieron conocer a personas de todo ropaje y también analizar los engranajes de la Administración. Persona realista, valoraba en cualquier situación los medios con que contaba, las realidades, las aspiraciones. Fruto de esta sabiduría práctica en la vida administrativa y archivera Favier la condensó —creo que sin ser consciente— en frases rotundas cuando no cáusticas:

- Método de trabajo: “los asuntos no deben venir ante mí más que en dos casos: cuando se había encontrado la solución o cuando no se la encontraba, pero jamás cuando no se la había buscado”, es decir, siempre en

- equipo⁶³. Esto suponía depositar la confianza y dejar hacer: “Detrás de los directores [de departamento] estaban sus equipos que constituían a su modo y yo me mezclaba poco. Yo les había dicho que ellos eran directores y no jefes de servicio y que tenía que asumir su responsabilidad”⁶⁴.
- Juicio de sus ministros de Cultura: “nadie habría pensado que el ministro [Lang] no era un gran trabajador. Pero lo esencial de su trabajo no era gobernar el interior de su ministerio”, ironizando sobre la ignorancia de un ministro sobre su departamento⁶⁵. De otro, por el contrario, “fue sorprendente. El hombre tenía una gran cultura, una extrema delicadeza en sus relaciones con sus colaboradores y sobre todo, hacía su oficio de ministro. Dejando trabajar tranquilos a sus directores, estaba siempre disponible cuando estos necesitan algo de él, es decir, cuando los asuntos comenzaban a sobrepasar el nivel administrativo”⁶⁶, comentaba sorprendido gratamente por la llegada de un ministro que rompía los moldes, tan acostumbrado como estaba a perfiles de mediocridad humana y profesional de los ministros antecesores.
 - Ejercicio del poder en la cúspide del Ministerio de Cultura: “es evidente que cuanto más se asciende, menos se está informado de los detalles”, sobre la ignorancia en la toma de decisiones de los equipos directivos del Ministerio de Cultura⁶⁷, decisiones que no son nimias, como el fallo de concursos de proyectos arquitectónicos⁶⁸. La consecuencia, según Favier, era que “vivir en la incoherencia resultaba fatigante”⁶⁹.
 - Un alto cargo tiene que acudir a grandes reuniones: “el común de los mortales piensa que en una reunión interministerial se ve a ministros alrededor de la mesa del Primer ministro. No hay nada de esto: son los gabinetes y alguna vez funcionarios. La cosa no tiene nada de sorprendente porque hay muchas reuniones interministeriales al día”⁷⁰.
 - Responsabilidad en el ejercicio del mando con buena disposición de ánimo. No ocultaba la fatalidad de lidiar con un director de gabinete “que había puesto en su pasivo una brutalidad de propósitos que enrarecía permanentemente la atmósfera”, por lo que su salida fue celebrada ya que su sucesor “gran servidor del Estado, lo sabía: se puede gobernar sin insultar”⁷¹. Encontrarse con personas de uno u otro espíritu obedecía a la casualidad y Favier, por su cargo, conoció ambos extremos. Por ejemplo, de otro de ellos escribió “Edgar comprendió que no obtendría nada de personas que trata por debajo de su pierna”⁷². Igualmente acerbas son las críticas hacia otro alto cargo apellidado Gourdon⁷³.
 - Límites en el ejercicio del cargo. Advertido en una ocasión por un “director de gabinete que creyó deber recordar a los directores que no podían

tomar la palabra en público sin el permiso del ministro”, concluyó que “yo hablo cuando es necesario y que se me podría sancionar si decía barbaridades”⁷⁴.

- Asuntos financieros. “[...] la Dirección de la Administración general, servicio del presupuesto me telefona para saber precisiones sobre las acciones prioritarias de nuestro presupuesto. Es prioritario lo que es nuevo. Continuar lo que se ha comenzado no tiene nada de prioritario”⁷⁵. Por si acaso, más vale estar preparado. “Partí de un postulado: el mejor medio de tener un crédito, era tener un expediente preparado”⁷⁶. Aunque a veces no todo era tan fácil. Con otro alto responsable de finanzas acabó desesperado: “evidentemente, no tenía ni idea de lo que eran los archivos ni de lo que era la investigación histórica. La historia era para él otra cosa”⁷⁷. Lo que se explica por otra anécdota: “Me negué a inaugurar y abrir el Centro de Archivos del Mundo del Trabajo mientras no nos hubieran dado la quincena de empleos necesarios, sabiendo bien que si abríamos un solo día con personal insuficiente, la dirección de presupuestos deduciría que nosotros teníamos los medios de permanecer abiertos [...]”⁷⁸. Favier narra más ejemplos de desatinos de los altos responsables financieros a la hora de enjuiciar los proyectos culturales en los que estuvo involucrado⁷⁹.
- Ejercicio del derecho de acceso a los documentos: “La dificultad viene de los franceses que quieren saber todo del otro y que no se sepa nada de ellos”⁸⁰.
- La manía de las inauguraciones, única prioridad de los políticos: “El gobierno, el parlamento, y los consejos generales y municipales nunca han prestado al funcionamiento la misma atención que a operaciones de equipamiento visibles para el público como para la prensa. Desde un punto de vista político y electoral, un servicio que funciona no merece una inauguración”⁸¹. Esta filosofía se trasluce en necesidades semejantes: “[...] hacía falta modernizar los equipamientos y esto suponía medios financieros que sólo un compromiso político podía procurarlos. Pero los gobernantes son poco propicios a financiar renovaciones que no serán perceptibles o apreciadas más que para unos iniciados”⁸².
- Derrotismo cultural: “El espíritu crítico está demasiado desarrollado en Francia y es una excelente cosa. La democracia ha ganado mucho con ello. Pero se acompaña muy a menudo de una alegría malsana de que “eso no funcionará””⁸³. Quizá por ello, el sector cultural no ha gozado de una percepción social positiva ni profesionalizada, de donde se deducen nuevos males: “La idea permanece anclada en muchas inteligencias: un becario es mano de obra gratuita”⁸⁴.

- Ser archivero. Sobre su formación: “lo he dicho siempre, no sabría vivir toda la vida profesional con la sola adquisición de los años de estudios. Se aprende mucho trabajando. Lo aprendido inicialmente es esencial para comenzar”⁸⁵. La formación, siempre continua. Una de sus misiones: “Comprender al público es parte del oficio. Hacerse comprender también, pero se tropieza a menudo sobre ideas preconcebidas”⁸⁶. Y una de sus obligaciones: “Pasé diecinueve años repitiendo que los Archivos [Nacionales] no habían sido creados para los archiveros y que ni la institución ni su personal eran propietarios de su emplazamiento”⁸⁷. Para llegar al final de la carrera profesional y a punto de la jubilación con una visión inquietante: “Todo esto me dejó la extraña impresión de haber hecho, en mi vida, todos los oficios y en particular aquellos que jamás hubiera previsto”, sentenciaba al referirse a la cantidad de flecos tan dispares que tuvo que cubrir al desempeñar el alto cargo de Director de los Archivos franceses⁸⁸.

Como se ha podido comprobar de la lectura de esta pequeña selección, la filosofía de Favier era actuar. Detectar los problemas para atacarlos. El tiempo no los soluciona, sino que los agrava. Encrucijadas, que por lo demás, son comunes en el ámbito de la Archivística universal. Por ejemplo, el movimiento de la documentación según el ciclo vital y las transferencias de los archivos administrativos a los históricos. Favier se percató al poco de llegar que “la maquinaria estaba averiada, y la avería era monstruosa”⁸⁹. Todo el sistema vivía en la irrealidad: sin expurgos ni transferencias, la ignorancia en la conservación de documentos en nuevos soportes, la inflexibilidad técnica frente a administraciones más complejas, el desinterés por la suerte de los archivos privados, la insuficiencia de depósitos en los archivos públicos⁹⁰. Llegamos a la conclusión que los archivos públicos franceses estaban bien lejos de la teoría archivística francesa, la misma que fue durante tantos años el referente internacional. En fin, un cáncer que corroe y muchos enfermos no se percatan: la archivística oficial frente a la archivística real.

Favier tuvo que asumir este costoso legado de su antecesor basado en la inoperancia. Es fea costumbre que al cambiar de gobernantes, el saliente deje regalos envenenados al sucesor. En materia de archivos, lo son los macroproyectos, aquellos que son fruto de la desmesura y que una vez pagados, vacían la caja del sucesor atándole de manos su futuro. Así le sucedió con Fontainebleau⁹¹. Al menos aprendió de las situaciones adversas. Cuando le llegó el turno de pensar en construir nuevos archivos, quiso evitar los errores. A Favier no se le hubiera ocurrido situar un archivo en una ciudad que no fuese universitaria o que estuviera mal comunicado, ni mucho menos llevarlo a un polígono industrial⁹².

Espíritu práctico, prefería algo a la nada. El perfeccionismo puede llegar a esterilizar y como buen humanista, era consciente que todo lo existente de tejas

abajo es mejorable. Apremiaba a sus archiveros a publicar los inventarios a sabiendas de que podían pulirlos⁹³. En un sutil juego de interpretaciones, para fomentar la edición de instrumentos de descripción esquivando engorros burocráticos, consideró que dicha partida presupuestaria no era un “gasto de edición” sino una “ayuda a la investigación”, es decir, una inversión⁹⁴. Otro camino para el mismo fin era utilizar la Sociedad de Amigos de los Archivos Nacionales subvencionando sus publicaciones, que eran dichos inventarios⁹⁵ y finalmente, aprovechó polémicas de porte nacional para canalizar la edición de instrumentos de descripción (caso del famoso “fichero judío”)⁹⁶. En estos ejemplos, el fin justificaba los medios, porque éstos eran nobles. Cuando no lo eran, se negaba en redondo, denunciando desviaciones de fondos públicos a los que eran muy propicias las camarillas de los gabinetes ministeriales⁹⁷ o la empleomanía de los recomendados⁹⁸. Para una persona forjada por su propio esfuerzo, el favoritismo en cualquiera de

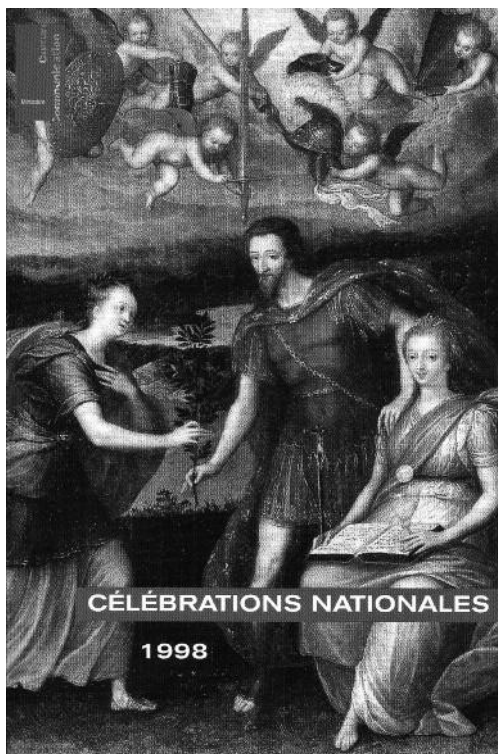


Fig. 3. Favier consiguió circunscribir la Delegación de Celebraciones Nacionales a la Dirección de los Archivos Franceses. Cada año publicaban un repertorio con todas las fechas y acontecimientos a recordar

sus formas era hiriente⁹⁹. Con tal de engrandecer los archivos, aprovechaba ocasiones para asumir nuevos campos que iban en beneficio directo de sus centros. Así sucedió con la Delegación para las celebraciones nacionales¹⁰⁰.

Así fue Jean Favier en sus múltiples facetas humanas. Algunas ignoradas, como melómano¹⁰¹ y sensible al Arte contemporáneo¹⁰². Hombre de mil caras, espíritu inquieto y curioso “a menudo he dicho y escrito que el horizonte no retrocede y que la curiosidad era en el hombre una facultad indefinidamente dilatada. La mía nunca se ha empequeñecido”¹⁰³. Riguroso consigo mismo, resultaba exigente con los demás, lo que le conducía a ciertos desencantos¹⁰⁴. Consciente de la fugacidad de la vida, solo una perfecta gestión de su tiempo y de su agenda le permitió sacar adelante tantos proyectos en los archivos y la Biblioteca Nacional de Francia, tantas investigaciones, estar presente en tantos medios de comunicación y finalmente, disfrutar de los pequeños placeres de la vida (esos conciertos, ese whisky...) a pesar de lamentarse de haber perdido mucho en cosas nimias o en salir al paso de falsas polémicas¹⁰⁵.

Un periodista le preguntó en una ocasión: “Llegáis al cielo. ¿Qué deseáis que Dios os diga? Respuesta: “Hay concierto esta noche. Tengo un lugar para vosotros. Toca Bach”¹⁰⁶.

Bibliografía

- Actes (1982). *Actes du Congrès de Montpellier. 28-30 septembre 1981*. Paris: Archives Nationales, p. 17-120.
- Bureautique (1985). *Bureautique et informatique dans les archives. Actes du XXVI^e Congrès National des archivistes français. Angers, 5-7 octobre 1983*. Paris: Archives Nationales.
- Colloque (1994). *Colloque. La formation des conservateurs de biens culturels en Europe*. Paris: La Documentation française.
- FAVIER, Jean (1986). “Allocution finale”. En: *Les archives audiovisuelles. Actes du XXVII^e Congrès National des archivistes français. Limoges, 27 septembre 1985*. Paris: Archives Nationales, p. 109-110.
- FAVIER, Jean (1987a). *Centralisation, décentralisation et archives. Actes de la vingt-quatrième Conférence Internationale de la Table Ronde des Archives. Helsinki, 1986*. Paris: Conseil International des Archives, p. 61, 77-78, 82.
- FAVIER, Jean (1987b). “Discours inaugural”. En: *Les nouvelles archives. Formation et collecte. Actes du XXVIII^e Congrès National des archivistes français. Paris, 29 septembre-1^{er} octobre 1986*. Paris: Archives Nationales, p. 7-8.
- FAVIER, Jean (1989). “Actes du 11^e Congrès international des Archives (Paris, 22-26 août 1988)”. *Archivum*, n. 35, p. 19-21.
- FAVIER, Jean (1990a). “Discours inaugural”. En: *La gestion des archives contemporaines. Actes du II^e Congrès National des archivistes communaux. Mulhouse, 27-28 avril 1989*. Paris: Archives Nationales, p. 5-10.

- FAVIER, Jean (1990b). “Discours inaugural”. En: *Les archives régionales. La conservation physique des documents. Le contrôle scientifique et technique de l'État. Actes du XXX^e Congrès National des archivistes français. Saint-Brieuc, 12-14 octobre 1989*. Paris: Archives Nationales, p. 6-7.
- FAVIER, Jean (1992). “Discours inaugural” En: *Les archives françaises à la veille de l'intégration européenne. Actes du XXXI^e Congrès National des archivistes français. Lyon, 23-26 octobre 1990*. Paris: Archives Nationales, p. 8.
- FAVIER, Jean (1995). “Allocution de Jean Favier”. *Les archives du Monde du Travail. Actes du XXXIII^e Congrès des archivistes français. Roubaix, 5-7 octobre 1993*. Paris: Archives Nationales, p. 5-6.
- FAVIER, Jean (2016). *Les Palais de l'Histoire; suivi de: Un parcours dans l'Université, Cheminements au long d'une vie*. Paris: Seuil.

Notas

¹ Útil pero incompleto repertorio de sus monografías, artículos y prólogos en este mismo libro: (Favier, 2016, p. 737-752).

² Por otros casos que tuvo que gestionar como archivero, Favier conocía el valor de estas agendas, y más genéricamente, de los papeles de función, para redactar biografías de personajes contemporáneos de porte histórico, (Favier, 2016, p. 327, 387, 553). Su documentación de función, (Favier, 2016, p. 752). Sin citarlas, no cabe duda que también se sirvió de las memorias anuales de actividad que, encabezadas por su nombre, publicaba anualmente con el título de *Rapport sur l'activité de la Direction des Archives de France*.

³ (Favier, 2016, p. 22, 33, 34, 182 n. 3, 473, 478, 481, 483, 486, 548, 568).

⁴ (Favier, 2016, p. 63).

⁵ (Favier, 2016, p. 213-229).

⁶ (Favier, 1986, p. 109-110).

⁷ (Favier, 1987b, p. 7-8); (Favier, 1990a, p. 5-10); (Favier, 1995, p. 5-6).

⁸ (Favier, 2016, p. 55-56, 730).

⁹ (Actes, 1982, p. 17-120); (Bureautique, 1985).

¹⁰ (Favier, 2016, p. 34).

¹¹ (Favier, 2016, p. 18).

¹² (Favier, 2016, p. 140, 161, 515, 516).

¹³ (Favier, 2016, p. 35, 61-62).

¹⁴ (Favier, 2016, p. 729).

¹⁵ De André Miquel, antecesor en el cargo de administrador general de la Biblioteca Nacional, escribía que su sabiduría y espíritu delicado le hacían “poco habituado a las rudezas de la vida administrativa y a los combates presupuestarios. Los medios de su misión le fueron rechazados y él se desentendió pronto de un combate que sentía vano”, (Favier, 2016, p. 467).

¹⁶ (Favier, 2016, p. 113-154).

¹⁷ (Favier, 2016, p. 90, 185-189, 195, 278, 531).

- ¹⁸ (Favier, 2016, p. 190, 197-199, 232, 238).
- ¹⁹ (Favier, 2016, p. 151, 324, 430, 444, 529).
- ²⁰ (Favier, 2016, p. 361, 595, 608).
- ²¹ (Favier, 2016, p. 26, 368, 369, 382, 496).
- ²² (Favier, 2016, p. 26, 28, 36, 263) en relación con ser o no ser aconsejado por otro; (Favier, 2016, p. 32, 33) marcando límites a sus subalternos más directos; (Favier, 2016, p. 350-351) o a colaboradores externos.
- ²³ (Favier, 2016, p. 26, 27, 28, 31, 484).
- ²⁴ (Favier, 2016, p. 52, 65, 66, 81, 128, 130, 133, 138, 143, 148, 166, 185, 245, 277, 278, 284, 285, 287, 289, 294, 303, 310, 325, 328, 375, 387, 392, 393, 397, 399, 422, 431, 433, 482, 488-489, 493, 495).
- ²⁵ (Favier, 2016, p. 32).
- ²⁶ (Favier, 2016, p. 240, 259).
- ²⁷ (Favier, 2016, p. 51, 208-209, 242).
- ²⁸ (Favier, 2016, p. 59).
- ²⁹ (Favier, 2016, p. 33, 305, 307, 324, 349).
- ³⁰ (Favier, 2016, p. 52, 53, 305, 322).
- ³¹ (Favier, 2016, p. 486-487, 497, 501).
- ³² (Favier, 2016, p. 164, 234, 321, 333, 359, 401, 457, 539).
- ³³ (Favier, 2016, p. 243).
- ³⁴ (Favier, 2016, p. 466).
- ³⁵ (Favier, 2016, p. 64, 213-226). Expuso públicamente su opinión en (Colloque, 1994, p. 135-144).
- ³⁶ (Favier, 2016, p. 255-258).
- ³⁷ (Favier, 2016, p. 37, 59, 212-213, 229-236, 247).
- ³⁸ (Favier, 2016, p. 102, 723).
- ³⁹ (Favier, 2016, p. 23).
- ⁴⁰ Bellísimos recuerdos de la Escuela des Chartes, que resultarán por desgracia muy escuetos para los archiveros-paleógrafos, (Favier, 2016, p. 701-707).
- ⁴¹ (Favier, 2016, p. 22, 585-588, 602).
- ⁴² (Favier, 2016, p. 23, 95, 97, 455).
- ⁴³ (Favier, 2016, p. 27, 102).
- ⁴⁴ (Favier, 2016, p. 549, 603).
- ⁴⁵ (Favier, 2016, p. 729).
- ⁴⁶ (Favier, 2016, p. 550).
- ⁴⁷ (Favier, 2016, p. 99, 366-367, 373, 417-418).
- ⁴⁸ (Favier, 2016, p. 71-111).
- ⁴⁹ (Favier, 2016, p. 130).
- ⁵⁰ (Favier, 2016, p. 306, 367, 452-462).
- ⁵¹ Hasta donde sabemos, Juan Carlos I visitó los Archivos Nacionales de Francia, (Favier, 2016, p. 358, 731) no así el Archivo Histórico Nacional de su país.

- ⁵² (Favier, 2016, p. 357-358, 374).
- ⁵³ (Favier, 2016, p. 86, 101, 272 (Lang), 93 (Giroud).
- ⁵⁴ (Favier, 2016, p. 319, 329, 332, 375).
- ⁵⁵ (Favier, 2016, p. 104, 349, 363-364, 422, 445, 520-521). El 11º Congreso del CIA se celebró en París en 1988 con el discurso de apertura de Jean Favier, (Favier, 1989, p. 19-21).
- ⁵⁶ (Favier, 2016, p. 101, 102, 186 n. 4, 232, 298).
- ⁵⁷ (Favier, 2016, p. 24).
- ⁵⁸ (Favier, 2016, p. 308-311).
- ⁵⁹ (Favier, 2016, p. 28).
- ⁶⁰ (Favier, 2016, p. 67).
- ⁶¹ (Favier, 2016, p. 168-169, 290). Lo había expresado en el coloquio de la 24ª CITRA: (Favier, 1987a, p. 61, 77-78, 82), así como en (Favier, 1990b, p. 6-7) y en (Favier, 1992, p. 8).
- ⁶² (Favier, 2016, p. 404, 419-420) en la línea más ortodoxa sobre los archivos de las antiguas colonias africanas, pero (Favier, 2016, p. 308-311) sin planteárselo al tratarse del archivo de José Bonaparte, papeles de un rey español en el ejercicio de sus funciones, pero natural de Francia, o (Favier, 2016, p. 430) a raíz de los papeles de la Gestapo.
- ⁶³ (Favier, 2016, p. 68).
- ⁶⁴ (Favier, 2016, p. 486 y en términos semejantes en p. 497).
- ⁶⁵ (Favier, 2016, p. 75).
- ⁶⁶ (Favier, 2016, p. 94).
- ⁶⁷ (Favier, 2016, p. 80).
- ⁶⁸ (Favier, 2016, p. 274, 291-292).
- ⁶⁹ (Favier, 2016, p. 377).
- ⁷⁰ (Favier, 2016, p. 83).
- ⁷¹ (Favier, 2016, p. 104-105).
- ⁷² (Favier, 2016, p. 377).
- ⁷³ (Favier, 2016, p. 466-467).
- ⁷⁴ (Favier, 2016, p. 125).
- ⁷⁵ (Favier, 2016, p. 139).
- ⁷⁶ (Favier, 2016, p. 270 y en términos semejantes en p. 281).
- ⁷⁷ (Favier, 2016, p. 182).
- ⁷⁸ (Favier, 2016, p. 193 y en términos semejantes en p. 288-289).
- ⁷⁹ (Favier, 2016, p. 532-533).
- ⁸⁰ (Favier, 2016, p. 159 y en términos semejantes en p. 414).
- ⁸¹ (Favier, 2016, p. 194-195).
- ⁸² (Favier, 2016, p. 465).
- ⁸³ (Favier, 2016, p. 545).
- ⁸⁴ (Favier, 2016, p. 305).
- ⁸⁵ (Favier, 2016, p. 216 y en términos semejantes en p. 603-604).

- ⁸⁶ (Favier, 2016, p. 335).
- ⁸⁷ (Favier, 2016, p. 569).
- ⁸⁸ (Favier, 2016, p. 366).
- ⁸⁹ (Favier, 2016, p. 40).
- ⁹⁰ (Favier, 2016, p. 41-43, 47, 152).
- ⁹¹ (Favier, 2016, p. 45-46, 159, 165).
- ⁹² (Favier, 2016, p. 48, 160, 162, 287-288).
- ⁹³ (Favier, 2016, p. 54, 153-154, 346, 370).
- ⁹⁴ (Favier, 2016, p. 57).
- ⁹⁵ (Favier, 2016, p. 58, 340).
- ⁹⁶ (Favier, 2016, p. 403).
- ⁹⁷ (Favier, 2016, p. 79, 195-196).
- ⁹⁸ (Favier, 2016, p. 81).
- ⁹⁹ (Favier, 2016, p. 82, 107).
- ¹⁰⁰ (Favier, 2016, p. 359-382).
- ¹⁰¹ (Favier, 2016, p. 572-582).
- ¹⁰² (Favier, 2016, p. 294, 511-512, 571-572).
- ¹⁰³ (Favier, 2016, p. 582).
- ¹⁰⁴ (Favier, 2016, p. 405-407 (prensa), 429 (archiveros africanos), 432-432 (archiveros rusos)).
- ¹⁰⁵ (Favier, 2016, p. 309, 357, 376, 481, 488-489, 511, 549, 562).
- ¹⁰⁶ (Favier, 2016, p. 581-582).